

## El secreto de un rincón olvidado

En lo profundo de las montañas, oculto entre brumas eternas y árboles centenarios, existía un rincón olvidado por el tiempo, un lugar que no aparecía en los mapas ni era mencionado en los libros. Allí, la naturaleza no fue alterada. Los árboles crecían en libertad, altos como torres, con ramas que se entrelazaban en lo alto formando techos naturales. El aire olía a tierra húmeda y a flores silvestres. Los animales paseaban sin miedo. Los ríos corrían cristalinos, y las piedras guardaban ecos de historias que el viento aún se encargaba de contar.

Allí creció Emiliano, un niño inquieto y curioso, entre historias fantásticas, el olor a maíz tostado, el aroma de leche caliente y la risa tibia de sus padres. Cada día era igual de bello, hasta que dejó de serlo.

Una madrugada, las nubes decidieron llorar con furia. El río, antes tranquilo y apacible, rugió como si quisiera arrancar las montañas de raíz.

Emiliano sobresaltado oyó el estruendo del agua que se mezclaba con gritos y el crujir del barro deslizándose cuesta debajo de la montaña.

–¡Mamá! – gritó, corriendo al cuarto de sus padres – ¡El río nos va a llevar! –

– No, hijo – dijo su madre con voz firme, aunque con los ojos inquietos

– Es el tayta mayu que se ha desbordado... Hay que ayudar a la comunidad. –

Un golpe estremecedor sacudió la puerta. Don Agustín abrió con rapidez.

–¡Don Agustín, ayúdenos! ¡La casa de los Quispe está a punto de rendirse frente a nuestra tayta mayu! – gritó un vecino empapado, con el rostro desencajado.

Sin dudarle, Don Agustín asintió con determinación.

– Voy por herramientas. ¡María, prepara sogas y mantas! –

– Ya estoy en eso – respondió ella mientras buscaba entre los estantes. Luego miró a Emiliano – Anda, ve con nuestra vecina y quédate con ella hasta que volvamos por ti. –

Emiliano se abrigó con su poncho y cuando estuvo a punto de salir su padre lo abordó.

– Hijo, en esta comunidad no dejamos que nadie se enfrente a la desgracia solo. Cuando la Pachamama se inquieta, es nuestro deber calmarla con unidad y trabajo. Así nos enseñaron los abuelos. –

Fuera de la casa, entre lluvia y la oscuridad, ya se reunían otros comuneros. No hubo necesidad de llamarlos: sabían que era momento de estar juntos.

–¡Vamos, hermanos! – dijo Don Agustín, alzando la voz ¡Hoy salvamos lo que el río aún no se ha llevado!

Después de una larga noche de lluvia incesante y esfuerzos desesperados, por fin amaneció. La neblina aun cubría la quebrada, el barro cubría los caminos, techos y un silencio absoluto.

Emiliano despertó, un frío recorrió su cuerpo no sabía si era por el frío de la mañana o por algo más hondo. Apenas entendía lo que pasaba.

A su alrededor, solo escuchaba llantos, gritos y lamentos. Pero Emiliano no quiso aceptar lo que esa mañana le decía con crudeza la tierra y el silencio. Cerró los ojos, deseando que todo fuera una pesadilla más.

Lo siguiente fue un viaje en bus interminable, apretado entre cajas y recuerdos. Emiliano no hablaba, solo miraba por la ventana cómo el paisaje cambiaba, cómo los cerros se volvían más lejanos y el verde se iba apagando poco a poco.

Arequipa es ruidosa, grande, y de concreto, con un cielo que parecía más lejano del lugar de su añoranza. Su tía Aurora lo recibió con una mirada seca, no hubo sonrisas, ni palabras cálidas. Solo un “vamos”. En casa, una habitación vacía recién trapeada que olía a cloro.

Aurora trataba de buscar palabras amables para confortar a su sobrino, pero sus intentos eran torpes.

– Mañana empiezas en la Gran Unidad Escolar Mariano Melgar – le dijo su tía Aurora mientras doblaba su uniforme caqui.

– Ya todo está listo, empezarás una nueva vida aquí – agregó sin mirarlo, como si el colegio pudiera remendar lo que Emiliano había perdido.

Emiliano no lloró, no preguntó, ni se quejó, sólo obedecía.

Ingresó al colegio, y se sintió pequeño ante el colosal tamaño del colegio. Con mirada triste y nerviosismo entró al aula, muchas miradas se posan en él con curiosidad, caminó hacia su carpeta.

Nadie lo llama por su nombre.

–¡Serrano! – gritó alguien por detrás, con burla en la voz.

–¡Motoso! – Añadió otro, riendo mientras pasó junto a él.

Otros simplemente lo ignoran, para ellos, no era Emiliano, hijo de Don Agustín y Doña María. No sabían su historia ni sus raíces. Solo veían en él al “Cholo de los cerros” el mudo que no hace nada. Una parte de él entendía que aquellos muchachos no comprendían de montañas, de comunidad, de lo sagrado que era apoyarse en situaciones difíciles.

La maestra comenzó la clase, Emiliano vio a través de la ventana y extrañó profundamente su vida de antes. Varios días han pasado y él continuó solitario.

Un día, buscando un rincón para desaparecer, lo encontró.

En ese colegio tan inmenso, tan llenos de pasillos y miradas frías, caminó hasta el fondo, donde casi nadie iba, donde ni docentes ni estudiantes solían pasar... a no ser que hubiera alguna actividad programada.

Allí, entre muros desgastados lo vio un árbol endeble, golpeado por el descuido con ramas torcidas por el viento y hojas secas en el piso. No era bonito, nadie se detenía a mirarlo. Aun así, ahí estaba terco, vivo, negándose a morir.

Algo en él le habló.

Emiliano se acercó y sin pensar se sentó bajo sus ramas. Por primera vez en semanas respiró sin que doliera el pecho.

Cerró los ojos, escuchó el viento y parecía que el árbol susurrara algo antiguo, algo que solo él podía entender. No era su hogar, pero en ese pequeño rincón olvidado, encontró un reflejo de sí.

Desde ese día, fue su refugio. En los recreos, mientras todos jugaban, él iba al árbol llevaba un poco de agua, le hablaba bajito, a veces solo cerraba los ojos y se imaginaba que el aire olía a su tierra, a su chacra, a sus animales, a sus padres... Por fin una lágrima recorrió sus mejillas y no cesaron hasta que hundió en ese llanto el dolor de su sufrimiento.

Una tarde, mientras comía debajo de su querido árbol, alguien pasó, era una compañera de su salón. No dijo nada, solo miró el árbol con ramas frondosas y la sombra que proyectaba. Al día siguiente, volvió. Se sentó a su lado y dijo:

– No conocía este rincón del colegio, es tranquilo y muy agradable –

Emiliano no dijo nada, pero sentía que el mundo, al menos en ese momento no se caía.

Con el tiempo, se fueron sumando más compañeros: no eran muchos, pero sí los necesarios. No podían devolverle lo perdido, pero ofrecían lo más valioso: su presencia.

Compartieron risas tímidas, bocadillos y silencios cómplices al resguardo de ese árbol terco y era reconfortante. Y a veces eso es suficiente para seguir.

**Jhonatan**